



HISTORIA DE UNA INVESTIGACIÓN: LOS ORÍGENES DE COLÓN (*)

Introducción



E los orígenes y vida temprana de Colón —una de las figuras más relevantes de la historia de la Humanidad— se desconoce casi todo, ya que lo que sabemos de él no es por revelación directa del nauta sino por algunos oscuros indicios que se dejan traslucir de sus cartas, diarios, memorias, mayorazgo, testamento y pleitos y, sin embargo, es el hombre del que más se han ocupado los historiadores. Pero todo lo que se ha escrito sobre él desde su

nacimiento hasta su llegada a Castilla, en 1484, es totalmente discutible y, en cualquier caso, se trata de simples conjeturas.

Investigar los orígenes de Colón es tarea muy apasionante para los investigadores que aceptan el reto lanzado en 1827 por Washington Irving cuando afirma que «tal ha sido la confusa habilidad de los comentaristas y tales sus esfuerzos que ya es imposible desenmarañar la verdad de entre las conjeturas que la rodean». Hernando, el hijo *natural* del Almirante, asegura que su padre «quiso que su patria y origen fuesen menos ciertos y conocidos», y el cronista

(*) La «teoría colonnista», resumida en este artículo, está ampliamente desarrollada y documentada por su autor, Alfonso Enseñat de Villalonga, en el libro titulado *La vida de Cristóforo Colonne. Una biografía documentada*, que aparecerá en breve editado por la «Casa Museo de Colón» y el Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, con presentación de don Manuel Ballesteros Gaibrois, catedrático de la Universidad Complutense.

Medina Anuncibay dice que «ni aun provocado por sarcasmos quiso nombrar a sus abuelos». Tal es el complicado panorama que tenemos ante nosotros.

El estudio que he realizado presenta una notable diferencia con respecto a los otros trabajos similares publicados hasta el presente. Todas las teorías concebidas hasta hoy acerca de la verdadera identidad de Colón se orientan a demostrar que un personaje o una localidad, elegidos de antemano por su autor, se corresponden con la figura del descubridor, a cuyo fin el estudioso se afana en recopilar el mayor número de «indicios» que respalden su teoría. El presente estudio, en cambio, no se basa en ningún tipo de presunción previa ni en la existencia de simples indicios, sino que sigue las pautas que nos marcan las señas de identidad del gran almirante extraídas de sus numerosos escritos, al tiempo que rastrea las vidas y genealogías de los mercaderes, banqueros, corsarios y navegantes genoveses que se mueven a lo largo y a lo ancho de todo el mundo conocido —desde Oriente al Occidente—, durante la segunda mitad del siglo xv, al objeto de encontrar a un individuo que responda a tales señas de identidad y que esté perfectamente documentado.

Las teorías colombinas

Debo manifestar, con humildad, ante el amable lector que no soy historiador, pero, en mi descargo, añadiré, renglón seguido, que no han sido historiadores los autores de las teorías más revolucionarias sobre los orígenes de Colón. El padre del colombinismo —base de la teoría genovista tradicional— fue Giulio Salinero, que no era historiador, sino un abogado savonés que en 1602 dio a luz unas actas que sirvieron de soporte inequívoco —según se creía— de esta teoría, pero que luego se revelaron como apócrifas y equívocas, en su mayoría.

Revolucionaria fue también la teoría galleguista presentada en 1898 por don Celestino García de la Riega, y difundida y desarrollada en 1912 por su hijo don Celso, a quien todos atribuyen erróneamente la paternidad de la misma. Pues bien, don Celestino fue gobernador en Galicia, su tierra natal, y un político localista, pero no un historiador en el sentido estricto de la palabra.

Más revolucionaria, si cabe, y de mayor alcance fue la teoría catalanista del peruano Luis de Ulloa Cisneros que, aunque director de la Biblioteca Nacional de Lima, era ingeniero de profesión, como el que esto escribe. Lanzada su teoría en París, Barcelona y Madrid en 1927 y 1928 y secundada en 1929 y 1931 por el historiador catalán Ramón Carreras Valis, produjo tal impacto en el mundo de la cultura que obligó a cambiar muchos libros de texto y enciclopedias, pero sobre todo dejó una estela de seguidores que aún pervive.

Para contrarrestar tamaña barbaridad histórica, el fascismo mussoliniano no tuvo otra opción que lanzar al mundo una obra monumental, titulada «Colombo», editada en Génova en 1931 y traducida al castellano y francés

en 1932 en un gran alarde tipográfico. La obra —muy bien documentada— se basa fundamentalmente en un acta notarial descubierta pocos años antes por Ugo Assereto, pues el resto de la documentación ya había sido recopilada en 1892-94 en la «Raccolta Colombiana», aportada con todo lujo y gran derroche en la celebración del IV Centenario del Descubrimiento. El documento de Assereto parecía dar a la teoría genovista tradicional el espaldarazo que necesitaba. El acta era casi una biografía del inmortal navegante. Pues bien, este Assereto tampoco era historiador, era un general del ejército italiano aficionado a la investigación.

Recientemente han aparecido otras teorías, cuyos autores son un eminente médico, recientemente fallecido, que pretendió demostrar que Colón era de Guadalajara, y un conocido periodista que se afana todavía en buscar en Ibiza la cuna del descubridor.

Cabe preguntarse entonces ¿por qué faltan en este elenco los historiadores profesionales? ¿Es tal vez porque creen que todo ya está investigado y es llegado el momento de dar por fin el carpetazo al enigma colombino?, ¿es quizás por respeto a la posición oficial de sus colegas italianos?, ¿es por temor a hacer el ridículo, papel que sólo estaría reservado a los aficionados a la historia?, ¿es porque han arrojado la toalla después de haber comprobado que nos encontramos ante un callejón sin salida?, ¿es porque creen que ya se han utilizado todas las fuentes posibles de investigación colombina? o ¿es, finalmente, por considerar que se han agotado los medios y métodos tradicionales de historiar aplicados a un personaje tan escurridizo como Colón?

Nuevas técnicas de historiación

Para responder a estas preguntas deberemos reconocer primeramente que la ciencia no es única y que todas sus ramas se interconectan y complementan, no existiendo compartimentos estancos que separen unas de otras y que impidan que cada una pueda enriquecerse con la savia de las otras. Para historiar es preciso —a mi juicio— reconocer el carácter pluridisciplinario de la investigación histórica. Si un personaje —como Colón— se resiste a ser historiado por los métodos tradicionales, habrá que experimentar otros, buscándolos en otras ciencias complementarias de la ciencia de la historiación.

Habrà que ensayar, por ejemplo, la aplicación a esta tarea de los recursos de las ciencias genealógicas y heráldicas o del cálculo de probabilidades o de las ciencias matemáticas aplicadas a la historia, basadas en los sistemas de ecuaciones o en los modelos de simulación, por no citar también la filología, la grafología y la psicología, ciencias que ya han sido utilizadas y siguen siéndolo.

La dificultad de historiar a Colón —entendiendo aquí por historiar el desvelar sus misterios y despejar las incógnitas de su vida— es que ésta ha estado encerrada hasta ahora en un sistema de ecuaciones con más incógnitas que ecuaciones, lo que lo convierte en un sistema indeterminado, es decir, que

de él pueden desprenderse muchas teorías muy distintas y distantes entre sí. En el árbol de los razonamientos se parte de unos hechos ciertos y de otros supuestos. Los hechos supuestos son a veces simplemente posibles pero otros merecen la consideración de probables. Los hechos posibles pueden ser muy numerosos y lógicamente son mucho más frecuentes que los probables, razón por la que son aquéllos los que más abundan en muchas teorías. Lo malo de las teorías basadas en simples supuestos probables —y mucho peor si sólo son posibles— es que no se quedan ahí, sino que sobre la base de cada supuesto se sustentan otros hechos igualmente probables, que en su nivel de suposición pueden tener el mismo rango de probabilidad que la del nivel anterior, pero que respecto a la base inicial su rango de probabilidad baja muchos escalones, por lo que su credibilidad es casi nula. Imaginemos en el árbol de los razonamientos un supuesto de probabilidad 10 por 100. Si sobre este supuesto establecemos nuevos supuestos de probabilidad también 10 por 100, la probabilidad resultante, referida al nivel de la base, se queda escasamente al nivel del 1 por 100. En un tercer escalón la probabilidad de un nuevo supuesto sería tan sólo del 1 por 1.000. Si en lugar de supuestos probables habláramos de coincidencias múltiples, éstas serían susceptibles de acumulación y, una vez alcanzado un determinado nivel de coincidencias, podríamos desembocar en la certidumbre.

Es preciso, pues, para historiar no edificar un castillo de suposiciones, sino intentar construir nuevas ecuaciones a partir de hechos nuevos y ciertos, que enriquezcan el sistema de ecuaciones del que ya disponemos. Si tenemos suerte podremos igualar el número de ecuaciones al de incógnitas y a partir de ahí alcanzaremos un punto en que una nueva ecuación sólo servirá para confirmar el resultado obtenido, después de haber despejado ya todas las incógnitas del sistema de ecuaciones equilibrado. A esto podríamos llamarle la prueba del nueve; pero si luego obtenemos, a través de nuevas ecuaciones, idéntico resultado, deberemos reconocer que la teoría ha superado la prueba del diez o de la excelencia. Más ecuaciones con idénticos resultados confirmatorios pondrán de manifiesto que la teoría deja de serlo para convertirse en certidumbre incontrovertible.

Cuando una teoría no es la correcta, cada nuevo documento que caiga en nuestras manos requerirá un gran esfuerzo de imaginación para encajarlo en la misma, pero tal capacidad de adaptación tiene un límite, que es lo que pudiéramos llamar el «límite de elasticidad» de la teoría. Pero cuando la teoría es auténtica, cualquier dato nuevo aportado encuentra fácil encaje en el «puzzle».

Los libros escritos hasta ahora sobre el descubridor pueden clasificarse en tres tipos: en primer lugar, los basados en simples razonamientos —muchos de ellos discutibles— y pocos documentos; en segundo lugar, los basados en farragosos retazos de la Historia, mal interpretados y peor casados, que, utilizados como soporte de un mare mágnum de hechos y situaciones —especie de un *totus revolutum*—, sólo consiguen proyectar una espesa nebulosa sobre la

biografía del Almirante, no dejando margen a separar lo ficticio de lo verdadero; y, por último, están los libros basados en muchos documentos, falseados y manipulados algunos de ellos y mal interpretados los restantes, o sea, lo que podríamos llamar «historia ficción».

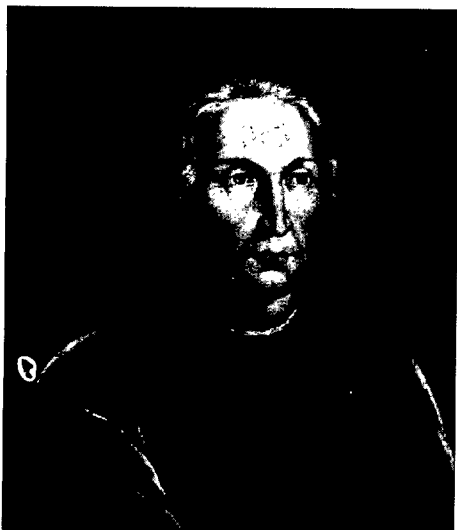
La teoría que voy a exponer aquí persigue encontrar un equilibrio entre los datos procedentes de la investigación, los datos históricos reconocidos como ciertos y los razonamientos necesarios tales que permitan entrelazar ambas fuentes de información, pero añadiendo además la imprescindible dosis de imaginación, que, según Goethe, es inseparable de cualquier proceso de buena historiación.

Muchos escépticos sobre los orígenes de Colón pretenden mantener una actitud intransigente hasta que se descubra su partida de nacimiento. Hay que desengañarles, pues cualquier investigador medievalista conoce la imposibilidad de tal hallazgo, pues las partidas de bautismo aparecen en 1564 como consecuencia de lo decretado en el Concilio de Trento, vigente en España desde el 12 de julio. Así pues deberemos contentarnos con el hallazgo de otros documentos que se refieran al descubridor de una forma directa o indirecta. El nauta sólo nos habla de sus padres para encargarles unas misas en su testamento, pero no menciona sus nombres ni su procedencia. Sólo, a través de sus cronistas, sabemos que su padre se llamaba Domenico y comerciaba por mar. Disponemos, pues, de muy pocos rastros para investigar la genealogía de Colón.

La teoría mallorquinista

La teoría mallorquinista sobre los orígenes de Colón es muy sugestiva para cualquier persona vinculada a las Baleares, como también lo es la teoría catalanista desarrollada por Luis de Ulloa Cisneros y Ramón Carreras Valls, y como antes lo había sido la teoría gallegista de Celso García de la Riega. Fue el apasionado estudio de estas teorías lo que me indujo a investigar profundamente la figura del descubridor, tarea en la que estoy empeñado desde hace 10 años.

Algunos estudiosos pretenden que Colón nació en Mallorca porque allí se daban las condiciones idóneas como cuna de navegantes audaces. Sugieren que la formación del nauta estaba muy influenciada por la escuela luliana, que defendía la existencia de un continente ignoto al otro lado del Atlántico. Proclaman que la cartografía mallorquina de los siglos XIV y XV era la máxima expresión de la cartografía náutica medieval, y que en el primero de estos siglos la flota mallorquina era una de las más importantes de Europa y surcaba todos los mares. Junto a este escenario tan favorable, añaden que el linaje Colom —que los catalanes y mallorquines pretenden que sea el del descubridor— estaba muy extendido en Mallorca desde la conquista; y como colofón, se aferran a que Bartolomé Colón había residido en Mallorca, pues en uno de sus escritos se refiere a cómo crecían los garbanzos en esta isla.



Cristóbal Colón. (Museo Naval. Madrid)

Mientras el principal defecto de la teoría gallegista ha sido la manipulación y falseamiento de documentos, la debilidad de las teorías catalanista y mallorquinista estriba en la ausencia de documentos fehacientes que les sirvan de respaldo y también en la inexistencia de una genealogía colombina fidedigna.

Teoría «colonnista»

Fracasados mis dos intentos de demostrar la mallorquinidad de Colón, recurrí a los estudios realizados por eminentes investigadores en los archivos sevillanos, gaditanos y jerezanos en busca de una pista acep-

table que me permitiera descubrir los orígenes de Colón en tierras hispánicas; pero fracasé nuevamente en mi intento, por lo que decidí proseguir mis investigaciones en Génova en busca de mejor suerte.

Antes de planificar mis investigaciones en la capital ligur había llegado a la conclusión de que la familia Colombo de Quinto no podía ser la del descubridor, ya que las actas genovesas que la sustentan están en franca contradicción con lo que nos ha revelado el Almirante a través de sus cronistas Hernando Colón y fray Bartolomé de las Casas.

Las actas genovesas nos revelan que en el siglo xv vivía en Génova un humilde tejedor de paños de lana llamado Domenico Colombo de Quinto, población así llamada por ser la numeración viaria o de la carretera. De su esposa, Susanna Fontanarossa, tuvo cuatro hijos —Giovanni Pellegrino, Cristoforo, Bartolommeo y Giacomo— y una hija llamada Bianchinetta. De Giacomo, nacido en 1468, se sabe que era tejedor de lana, como su padre, oficio del que ya era maestro en 1487. Giovanni Pellegrino murió joven, entre 1473 y 1489. Bianchinetta casó con el quesero y salchichero Giacomo Bava-rello, y murió antes de 1492, dejando un hijo llamado Pantalino Bavarello, que casó con Mariola Segale.

Los genovistas pretenden que el citado Cristoforo Colombo, hijo de Domenico y lanero de profesión, es el descubridor del Nuevo Mundo, y que el tejedor Giacomo Colombo es Diego Colón, el hermano del Almirante.

Esta familia, sin embargo, no puede ser la del experto navegante, ya que es incompatible con las señas de identidad que de él nos proporcionan sus cronistas Las Casas y Hernando. En efecto, los biógrafos colombinos nos

presentan a los padres del nauta como mercaderes, mientras que Domenico Colombo es un tejedor. Por otro lado, según las actas genovesas, el genial navegante era un simple lanero que no salió a navegar —si es que lo hizo alguna vez— antes de 1473, cuando —según manifestaciones de nuestro héroe— en 1484 ya llevaba 23 años navegando, sin salir de la mar por tiempo que se hubiera de descontar. Además, la familia del genovés procedía de un linaje rico y poderoso, arruinado por las guerras de Lombardía, y en el que habían brillado varios almirantes, lo que es inconcebible en una familia de humildes artesanos en tiempos de inmovilismo social. Pero el argumento más sólido que permite rechazar la familia Colombo de Quinto como la del primer viajero transatlántico es que éste tuvo forzosamente que abandonar Génova siendo muy niño todavía —y no a la edad de 22 años como pretenden los genovistas—, pues hablaba muy imperfectamente la lengua de Génova y no sabía tampoco escribirla.

Conseguí, sin embargo, demostrar que, pese a que las actas genovesas son auténticas, se refieren en su mayoría a otra familia distinta de la del descubridor. Descubrí, en efecto, que dos de estas actas —que son precisamente la clave de la teoría genovista tradicional— se refieren a una familia distinta de la contemplada en las 88 restantes actas. Existieron —según pude constatar— dos Cristoforo, uno hijo de un Domenico, tejedor de paños de lana, y otro, hijo de un segundo Domenico, mercader de profesión. El primero, perteneciente al estamento de menestrales, habitaba en Génova, y el segundo, perteneciente al estamento de mercaderes, vivía en Madeira y Lisboa y, en ocasiones, recalaba en la capital de La Liguria.

Para la localización del descubridor era fundamental establecer ante todo las señas de identidad indiscutibles de Colón, que en definitiva se reducen a las siguientes:

- Nació en Génova en 1446.
- Creció y se educó en Portugal.
- Su padre se llamaba Domenico.
- No era mercader, sino corsario.

Que nació en Génova no cabe duda, pues en la institución del Mayorazgo de Veragua dice claramente el descubridor: «siendo yo nacido en Génova», y repite luego: «en la ciudad de Génova... de allí salí y en ella nací». También su hijo Hernando en su testamento fechado el 3 de julio de 1539 nombra a su padre como «Don Cristóbal Colón Ginovés, primer almirante que descubrió las Indias» y más adelante se refiere a Génova como «la patria del gran Almirante».

Conseguí estructurar la trayectoria del genial navegante partiendo de un supuesto no utilizado nunca antes de ahora, como es el hecho de que la llegada de Colón a una localidad cualquiera no debe excluir en absoluto que no lo hubiera efectuado antes o pudiera realizarlo varias veces en el futuro. Este

sencillo hallazgo me ha permitido resolver muchos problemas de la biografía del Almirante —como su fecha de nacimiento—, que hasta ahora se consideraban insolubles al disponer de informaciones contradictorias.

La fecha de nacimiento del nauta surge de la combinación de varias manifestaciones del descubridor, que cada historiador interpreta a su manera: «Vine a servir de 28 años... he navegado 23 años sin salir de la mar tiempo que haya que descontar... llevo 40 años en este uso...; empecé a navegar a los 14 años...; en 14 años no pude convencer al Rey de Portugal de mi proyecto». Ramusio, Anghiera y Juan Bautista Muñoz aseguran, por su parte, que Colón tenía 40 años cuando fue a exponer su proyecto a Génova, pero no dice en qué año sucedió.

Al decir que vino a servir de 28 años cabe preguntarse ¿adónde vino a servir y a quién?, ¿fue al rey de Portugal, a la reina de Castilla, a algún duque andaluz o a alguna compañía genovesa con sucursal en Sevilla?

Cuando afirma que navegó durante 23 años, uno se preguntará: sabemos que empezó a navegar a los 14 años, pero ¿cuándo dejó de navegar? ¿fue en 1483 o en 1484 —fechas de su llegada definitiva a Castilla—, o fue en 1470 ó 1476, fechas de su supuesta llegada a Portugal, o fue en 1474, en que supongo que arribó el nauta por primera vez a Castilla?

Cuando Colón asegura que en 14 años no pudo convencer al rey de Portugal de su proyecto, debe uno preguntarse ¿cuándo finaliza este plazo?, ¿fue al acceder al trono João II,? ¿fue al abandonar el nauta Portugal?

Por otro lado, podemos preguntarnos ¿cuándo fue Colón a proponer su proyecto a Génova?, ¿fue en 1483 cuando el rey portugués lo desechó o fue en 1487 cuando quienes lo desearon fueron los Reyes Católicos?, ¿o fue en una fecha intermedia?

Utilizando todas estas variables los historiadores han ido estableciendo a lo largo de 500 años las siguientes fechas de nacimiento del nauta: 1430, 1435, 1436, 1441, 1442, 1443, 1445, 1446, 1447 y 1451, pero si Colón arribó varias veces a Lisboa y vino a Castilla varias veces también, todas estas fechas las podemos reducir a una sola: año 1446.

Haré un simple ejercicio demostrativo de cómo llegar a esta fecha. En 21 de diciembre de 1492 confiesa el Almirante que cuando llegó a Castilla, en 1484, ya había andado 23 años en la mar sin salir tiempo de ella que hubiera que descontar, lo que significa que había empezado a navegar en 1461. Por otro lado, su hijo Hernando revela que de los papeles heredados de su padre se desprende que había empezado a navegar a la edad de 14 años y que siempre anduvo en la mar. Ello permite deducir que Cristoforo nació en 1447 poco más o menos, fecha prácticamente coincidente con la dada por Bernaldez (1446) y Juan Bautista Muñoz (1445).

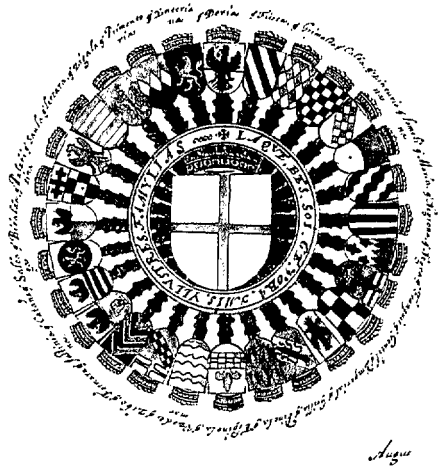
Siguiendo los estudios filológicos de Menéndez Pidal, he llegado a la conclusión de que el genial navegante, aunque nacido en Génova, creció y se educó en Portugal, adonde llegó con su familia hacia 1450 ó 1451, cuando apenas tenía cuatro o cinco años de edad y no sabía ni formar frases inteligen-

tes ni sabía el verdadero significado de las palabras. Esto se deduce por el hecho de que el nauta no conocía bien ninguna lengua italiana y, en cambio, hablaba casi perfectamente el portugués —incluso mejor que el castellano—, aunque ambas eran lenguas no propias sino aprendidas. Es, pues, en Lisboa y no en Génova donde hay que buscar el rastro de su familia.

Asimismo, he podido razonar que si los investigadores de todo el mundo han barrido durante 500 años todos los archivos conocidos sin haber encontrado un solo documento que nos hable de las actividades de Colón en sus primeros cuarenta años de existencia, debemos concluir que el navegante tuvo forzosamente que haber sido conocido bajo otro nombre de familia. No tiene, en efecto, sentido, para mí ni para nadie, que hubiera permanecido en el anonimato un hombre que, a sus cuarenta años, resulta que había tenido contactos directos o a través de su hermano Bartolomé con los reyes de Portugal, Castilla, Inglaterra y Francia, y con el Diego de Génova, y que había navegado por todos los mares conocidos y desconocidos en una forma tal que no lo había hecho ningún personaje de su tiempo. Este misterio me llevó a estudiar en profundidad la vida y milagros de todas las familias genovesas vinculadas a la Señoría o a sus colonias de ultramar (oriente del Mediterráneo), pudiendo comprobar que era corriente en la Edad Media cambiar el nombre de familia cuando uno se afiliaba a cualquiera de los 96 *albergui* genoveses —distribuidos en 10 *compagne* o distritos de Génova— en que se agrupaban las 259 familias ligures de linajes diferentes, con el fin de desarrollar mejor sus actividades comerciales, financieras o navieras.

Todos los historiadores aseguran que Colón era mercader, pero, de ser así hubiera figurado su nombre en los archivos genoveses o de las colonias de Génova en ultramar y, sin embargo, no se ha encontrado una sola mención de estas actividades que implicaran a nuestro héroe. Como ningún mercader genovés podía actuar en solitario, pues su actividad requería el concurso de naves, banca y almacenes, es forzoso admitir que el argonauta trabajaba para alguna sociedad, pues, en todos los casos, los genoveses que mercadeaban en nuestro país pertenecían a algún *albergui* o casa. En ninguno de ellos, sin

Arboleda de independencia de los de G.



Escudo de las veintiocho familias nobles de Génova, vigentes en 1528, según Agostino Giustiniani. (Real Academia de la Historia).

embargo —ni en España ni en Portugal ni en Italia—, se ha hallado a nuestro Cristóforo, por lo que debemos descartar que Colón fuera mercader.

Si bebemos en las historias de sus dos grandes biógrafos contemporáneos —Hernando y Las Casas—, comprobamos que sólo nos hablan de una única actividad colombina: el corsarismo. En efecto, en fecha indeterminada, que el historiador catalán Carreras Valls ha conseguido datar entre 1467 y 1469, Colón hace el corso al servicio del conde de Provenza, René d'Anjou. Más adelante, en otra fecha asimismo indeterminada que todos los historiadores han situado en 1476, el nauta hace el corso al servicio del rey de Francia Louis XI, bajo el mando del corsario francés Coullon, y su navío naufraga frente al cabo de San Vicente. Parece razonable pensar que entre ambas fechas —1467 y 1476— nuestro personaje no hubiera interrumpido su afición al corso ni disminuido su coraje.

Definidas claramente estas señas de identidad, me fui a Génova, donde espigué los frondosos archivos del Archivio di Stato di Genova y de la Biblioteca Civica Berio. Allí encontré un rastro sumamente interesante. Varios cronistas y genealogistas —sobre los que se inspiran muchos genovistas— nos hablan de una familia Colombo que vivía en el distrito o *compagna* de Macagnana, en Génova. Mi sorpresa fue comprobar que los documentos originales, en cambio, aluden siempre a que en dicho distrito vivieron en el siglo xv los Colonne y no los Colombo.

Convencido de que en Génova no se encontraba ninguna familia Colombo y habiendo evidencia, en cambio, de la existencia de una familia Colonne, pensé que había que dirigir el esfuerzo investigador sobre el *albergui* Colonne a fin de encontrar los orígenes del descubridor.

Al intentar documentar la familia Colonne no encontré información suficiente, por lo que tuve que interrumpir mi trabajo. De regreso a Madrid, la fortuna quiso que descubriera en la Biblioteca Nacional de Madrid dos raros y voluminosos manuscritos genoveses de principios del siglo xvii no utilizados en ningún otro trabajo colombino, que contenían muchos datos relativos a todas las familias genovesas de los siglos xiv y xv. También encontré la referencia de haberse publicado un facsímil de un gran libro de genealogías de las familias genovesas, que vio la luz por primera vez en 1825-33 y del que es autor Natale Battilana. Desde Roma me hice enviar lo que prometía ser una interesante cantera de nuevos descubrimientos.

Seguí, pues, el rastro de la familia Colonne en los manuscritos de Bartolomeo Ganduccio («Famiglie nobili di Genova», 1608), Odoardo Ganduccio («Origini delle nobili famiglie di Genova»), Agostino della Cella («Famiglie di Genova antiche e moderne, estinte e viventi, nobili e popolare», siglo xviii), Federico Federici («Scruttinio della nobiltà ligustica») y otros manuscritos anónimos del siglo xvii, especialmente uno del año 1619, estante en la Biblioteca Nacional de Madrid, así como en el libro de Natale Battilana («Genealogie delle famiglie nobili di Genova», 1825-33), pudiendo constatar: 1) Que la de Colonne

había sido una familia que con el tiempo se convirtió en *albergui* y en él fueron recibidos en bloque, en 1438, los miembros de la familia Scotto. 2) Que tal *albergui* empezó a desintegrarse en 1449, llegando a su casi total extinción en 1475. 3) Que los miembros que originariamente eran del linaje Colonne recuperaron este nombre, pero ninguno de los miembros procedentes de la familia Scotto recuperó el suyo. Algunos de estos Scotto se afiliaron al *albergui* Centurione, otros al *albergui* Salvago y otros finalmente al de Cattaneo, adoptando estos nombres como apellido. Sólo una minoría decidió no incorporarse a ningún *albergui* y cambiaron su nombre por el de Colombo.

En el árbol de Battilana figuran todos los Scotto, desde tiempo inmemorial, pero no da información sobre el cambio de apellido como consecuencia de los sucesivos cambios de *albergui* por parte de sus miembros. La clave del cambio de nombre la encontré en los dos manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid antes citados, fechados en los años 1608 y 1619, que dan los nombres de quienes cambiaron su apellido y dieron pie a que lo hicieran sus descendientes. Aplicando la clave felizmente encontrada, pude localizar en dicho árbol a un Cristoforo Colonne, correspondiente a generación anterior a la de nuestro Cristóbal Colón, pero no pude hallar a ninguno de su generación que llevara este nombre. Encontré también a un Domenico Colonne, de la misma generación que la del padre del gran nauta, pero ninguno de sus hijos se llamaba Cristoforo. No podía sospechar entonces que, pese a un análisis inicial tan desfavorable, este árbol —que pasó durante siglo y medio inadvertido a todos los investigadores— encerraba el secreto de los orígenes del descubridor. Esto se debe a que el árbol en cuestión no está titulado en el libro de Battilana como perteneciente a la familia Colonne sino a la familia Centurione Scotto. Puede decirse que el árbol está involuntariamente enmascarado, lo que impide el adecuado acceso al mismo.

Desalentado por mis primeras conclusiones derivadas del análisis del árbol de Battilana, me volví hacia las fuentes puras de la historia colombina, limitando el campo del estudio a los cronistas contemporáneos de nuestro héroe—Lucio Marineo Siculo, Pietro Martyre d'Anghiera, Gonzalo Fernández de Oviedo y Hernando Colón, únicos que pudieron conocer de viva voz noticias del genial nauta. Marineo —el primer biógrafo de Colón— nos sorprende (1530) con la noticia de que el verdadero nombre del descubridor es Pietro y no Cristoforo, afirmación que sólo sirvió para que mereciera el descrédito y desprecio de todos los historiadores posteriores. Anglería, por su parte, nos confiesa (1493, 1511, 1516 y 1530) que el apellido del nauta es Colonus y no Columbus. Fernández de Oviedo nos revela (1535) que el padre de Colón se llamaba Domenico, y Hernando indica (1536, 1571) que el descubridor limó su apellido para acomodarlo a la lengua castellana. Si el nombre Colón, pues, es —según nos dice el hijo del inmortal navegante— fruto de la castellanización de un linaje genovés, para encontrar este linaje es preciso seguir el cami-

no contrario y genovetizar el nombre de Colón, lo que nos conduce al linaje genovés Colonne.

Animado por estos descubrimientos, acudí de nuevo a los árboles genealógicos de la familia Scotto, comprobando que el Domenico Scotto del árbol era el padre de un Pietro Scotto y de un Raffaele Scotto, ambos monjes en 1472, y de un Lucca Scotto. Estos Scotto se sabe que abrazaron el *albergui* Colonne y adoptaron este nombre como apellido (Pietro, Raffaele y Lucca Colonne), pero también se sabe que Domenico, su padre, se afilió luego al *albergui* Salvago, llamándose desde entonces Domenico Salvago.

Estamos, pues, ante un Pietro Colonne, nacido a mediados del siglo xv, hijo de un Domenico Colonne, y que tenía dos hermanos. Ahora bien, Fernández Oviedo nos ha dicho que el padre del descubridor se llamaba Domenico; Marineo Siculo, que el nombre propio del genial navegante era Pietro, y Hernando ha dejado entrever que el nauta se llamaba Colonne. Creo, por tanto, que existen suficientes coincidencias para que, sin temor a equivocarnos, podamos suponer que el Domenico Salvago olim Colonne que aparece en el árbol genealógico de Battilana pueda identificarse con el padre del descubridor. El hijo mayor, Pietro, cambiaría su nombre por el de Cristoforo; el hijo segundo, Raffaele, por el de Bartolommeo, y el benjamín, Lucca, por el de Diego.

Inmediatamente se me plantearon dos problemas: 1) Necesidad de documentar a Domenico Salvago y de situarlo geográficamente. 2) Necesidad de justificar el cambio de nombre de pila de los tres hijos de Domenico.

Ya que se ha podido demostrar que Colón no se educó ni creció en Génova sino en Portugal, la búsqueda de Domenico Colonne en el país luso era obligada. Es el gran investigador Jacques Heers quien nos da la solución, pues documentó a un Domenico Salvago olim Scotto, que era mercader genovés, estante en Lisboa en el segundo tercio del siglo xv. Su nombre nos indica que el linaje verdadero es Scotto y que estaba afiliado al *albergui* Salvago. Sin embargo, por un manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, sabemos que Domenico Colonne olim Scotto se había afiliado al *albergui* Salvago en 1475, lo que nos demuestra que el personaje documentado por Heers es precisamente el Domenico Colonne del árbol de Battilana.

Heers, en su libro «Genova nel'400», documenta a este Domenico Salvago olim Scotto y le presenta como un mercader que expide desde Lisboa grandes cantidades de cestas de higos y de uvas pasas hacia La Rochelle, donde se encuentra otro mercader genovés, Polo Gentile, para recibir las. Pero son dos historiadores portugueses, Joel Serráo y Oliveira Marques, quienes nos revelan que este Domenico Scotto —que luego se llamará Salvago— participaba en un 25 por 100 en el negocio del monopolio del corcho, concedido a Marco Lomellini, mercader genovés, estante en Lisboa, por el rey Alfonso V. Heers y Oliveira Marques nos aclaran que dicho monopolio fue concedido por dicho monarca en 1456, por un periodo de diez años, previo pago a las arcas reales

de 2.000 doblas de oro al contado y un tercio de los beneficios. Toda esta información nos indica que Domenico Salvago era un mercader genovés, rico, estante en Lisboa, y que tenía fácil acceso a la Corte portuguesa.

También he podido aclarar el motivo del cambio de nombre de Cristoforo Colonne por Pietro Colonne y el de Bartolommeo Colonne por Raffaele Colonne, así como su condición de monjes. En los siglos XIII al XV niños y jóvenes privilegiados que, sin embargo, no podían tener profesores particulares, eran tonsurados en los conventos para poder acceder por esta vía a la cultura, como paso previo para entrar en la universidad. Algunos que tal vez ingresaron en un cenobio con la idea de profesar en religión cambiaron de nombre, pero si antes de ser ordenados sacerdotes dejaban el convento solían recuperar su nombre original. Sobre los tonsurados nos ilustra el director del Archivo Diocesano de Mallorca, Joan Rosselló Lliteras, en su interesante estudio titulado «Liber Ordinationum Ecclesiae Maiorcensis», 1377-1390.

La idea de que Colón hubiera podido profesar en religión no es nueva, pues es bien sabido que pertenecía a la Orden Tercera de San Francisco de Asís. Por ello, y a raíz de su llegada a España, encontró asilo y asistencia en el monasterio franciscano de La Rábida. Así se explica también que al volver de su segundo viaje se presentase ante los Reyes Católicos en el hábito de los franciscanos, y que al rendir el cuarto viaje hiciera un retiro temporal en un monasterio de la Orden Seráfica. Y por si fuera poco, también sus restos recibieron sepultura en la iglesia del Convento de San Francisco de Valladolid. Sobre ello es bastante explícito su hijo Hernando cuando afirma que «en los ayunos y en rezar el Oficio divino pudiera ser tenido por profeso en religión», y yo añadiré que tales prácticas sólo en un convento se aprenden.

Antes de ingresar en un convento franciscano —que presumió fuese el de Évora—, el futuro nauta estudió la gramática latina en Pavía. Según Hernando y Las Casas, en efecto, Colón había estudiado en Pavía. Lo dicen con estas palabras: «Estudió en Pavía los primeros rudimentos de las letras, mayormente la gramática, y quedó experto en la lengua latina». Lo primero que llama la atención de esta revelación es que se confundan los estudios universitarios con los generales. A la Universidad de Pavía, en efecto, los estudiantes iban a cursar estudios superiores, pero no a aprender gramática ni mucho menos los rudimentos de las letras, que se enseñaban en las escuelas —como paso previo a la universidad—, dentro del conjunto de estudios primarios denominado *trivium*, que abarcaba la gramática, la retórica y la dialéctica. Pero el argumento más serio es la incongruencia de que los estudiantes iban a Pavía a aprender filosofía, derecho y medicina, pero nunca su universidad fue nombrada como foco de saber en geometría, geografía, astrología o astronomía, que son las ciencias que —según Las Casas— tuvo necesidad de aprender el nauta.

Repasando una vez más los comentarios de Las Casas, comprobamos un hecho importante, que ha pasado inadvertirlo a los historiadores, y es que no menciona la Universidad de Pavía para nada, limitándose a decir que Colón



Viajes de Colón antes de 1492 (sobre mapa de la National Geographic Society, vol. 181, núm. 1, January, 1992)

eran hijos del primer matrimonio de Domenico Colonne con Maria Spinola, y Diego Colón, en cambio, lo era del segundo enlace, con Bianca Spinola, lo que explica la gran diferencia de edad que existía entre el primogénito y el benjamín de los Colón, que para algunos historiadores rebasaba incluso el periodo de fertilidad de la mujer.

No parece que haya probabilidad de error en la identificación que he hecho del padre del nauta, ya que en el árbol de la familia Scottó refundida en el *albergui* Colonne, sólo aparece un Domenico, cuya generación se corresponde con la del padre del descubridor. La información de que este Domenico se incorporó en el *albergui* Salvago nos permite documentar a este personaje en Lisboa, componer su biografía, justificar la presencia de su hijo Cristoforo en Portugal a edad temprana, en donde creció y se educó, y comprender su fácil acceso a la Corte.

Por si todavía cupiera alguna duda sobre la identificación del padre de Colón con el Domenico Salvago, estante en Lisboa, descubierto por Heers, las fuentes sevillanas nos revelan que detrás de la familia Colón se encuentran siempre miembros de la familia Salvago, entre los que hay que destacar a tres de ellos: el banquero Baliano Salvago, asociado al banquero y amigo de Colón Francesco de Riberol, que hacía negocios con Portugal a través de su hermano Antonio el navegante y corsario Cristoforo Salvago, con el que Colón navegaba en la flota genovesa, que fue abordada en 1476 en el cabo de San Vicente

estudió en Pavía. Tampoco Hernando menciona la palabra universidad. Han sido los biógrafos los que han supuesto que debió ser precisamente en la universidad donde estudiara, influidos tal vez por la fama que alcanzó este importante ateneo lombardo, y deseosos de ensalzar al inmortal navegante.

Ya que hemos deducido antes que el nauta no se educó ni creció en Italia sino en Portugal, debemos concluir que no lo hizo en la localidad italiana de Pavía, sino en la localidad lusa de igual nombre, que era uno de los 19 dominios del gran Maestrazgo de la Orden de Avis y del que tenemos asimismo noticias por los itinerarios del rey don João II.

El árbol genealógico de Battilana nos revela también un hecho importante: Cristóbal y Bartolomé Colón

por el corsario Coullon *el Viejo*, como luego veremos, y el mercader y navegante Girolamo Salvaso, hermano del anterior, que hace negocios con Diego Colón, el hermano del descubridor. Otra prueba de la identidad del padre de Colón con el Domenico del árbol de Battilana, es que las hijas de este último se casan con mercaderes y banqueros genoveses del círculo colombino, lo que permite asegurar que toda la familia del nauta participaba en los negocios de éste. Dentro de este círculo familiar se encuentran los famosos banqueros Ludovico Centurione Scotto, Lazzaro Doria, Francesco Doria, Francesco Cattaneo, Gáspare Spinola, Francesco Pinello y Francesco de Riberol.

No me contenté con haber descubierto los orígenes y genealogía de Colón, era necesario además construir su biografía, pero no por simple exposición de fotografías de hechos aislados, sino por la concatenación e incluso yuxtaposición de fotogramas tales que permitan formar una secuencia continua de la vida del nauta. Para ello tuve que elaborar un itinerario colombino coherente tanto desde el punto de vista genealógico y cronológico (secuencia vertical) como geográfico y político (secuencia horizontal) y hacer las interpolaciones necesarias para cubrir los huecos del gran «puzzle» que configura la vida del descubridor. Era necesario también investigar todos los personajes vinculados al gran navegante, ya sea por parentesco o negocios, o por formar parte de su entorno inmediato. Era necesario asimismo conocer con detalle y de modo exhaustivo las actividades de los *albergui* y navegantes genoveses en el siglo xv. Era necesario, por otra parte, estudiar a fondo la historia y el comercio de todos los países del Mediterráneo oriental (Venecia, Bizancio, Siria, Grecia, Chipre, Rodas, Quíos, Egipto), por cuyos mares se sabe que navegó Colón durante muchos años, así como la historia de los viajes de los mareantes portugueses por el Atlántico (Madeira y Guinea). Era necesario, por fin, estudiar la historia de Lombardía, Piacenza, Parma, etc. y otros lugares presuntamente relacionados con los orígenes del descubridor. A tales efectos, era conveniente recurrir, en la medida de lo posible, a las crónicas escritas por autores contemporáneos del nauta. Por último, había que investigar todos los misterios de la biografía colombina, tales como las mandas secretas, las siglas de la antefirma, los blasones de la familia. Asimismo, hubo que estudiar en profundidad todas las teorías colombinistas y las biografías escritas por los biógrafos colombinos, tanto antiguos como modernos y especialmente por los llamados críticos e hipercríticos.

Me dediqué, pues, a profundizar en todas las facetas de la vida del descubridor a fin de no dejar ningún cabo suelto ni ninguna sombra o laguna en su rica, fascinante y fructífera vida. De esta forma he conseguido despejar una treintena de incógnitas que ensombrecían la biografía de nuestro héroe. En forma resumida, enunciaré algunos de mis hallazgos: el nombre Columbus de Terra Rubea, que según Las Casas y Hernando utilizaron Cristóbal y Bartolomé en su juventud, significa que los antepasados del nauta procedían de la

«tierra de los Rossi» (o de «terra rubea») en la Emilia, donde habitaban los Colonne, enfrentados en lucha secular contra los Pallavicino, que dominaban el territorio conocido por «terra Pallavicina». Esto se sabe gracias a la diligencia de Ludovico Antonio Muratori, que salvó para la posteridad el «*Diarium Parmense ab anno 1477 ad 1482*», de autor anónimo, extraído del manuscrito «*Codice Torelliano*» y publicado en 1733 en Milán en *Rerum Italicarum Scriptores*. Esta crónica nos permite suponer que los Colonne abandonaron Lombardía en 1450, expulsados por Francesco Sforza.

Los buscados almirantes —que, según el descubridor, había en su familia— podemos encontrarlos en las familias Spinola y Boccanegra, correspondientes a su línea materna, así como en la familia Doria, correspondiente a su línea paterna. Estudió —como ya hemos visto— en Pavia de Portugal y no en Pavía de Lombardía. Aprendió el castellano en el convento franciscano de Évora, muy influenciado por la proximidad del Reino de Castilla. No fue mercader sino corsario, dando «conserva» a convoyes comerciales. Navegó por primera vez, a los 14 años, en una fusta capitaneada por su tío Imperiale Doria, que formaba parte de la flota genovesa armada en 1461 para socorrer a la colonia de Famagusta, en Chipre; pero fue Cristoforo Salvago la persona de su familia que le enseñó el arte de la navegación. Vino a servir a la casa Centurione de Sevilla en 1474, cuando tenía 28 años, para dar escolta a los convoyes de este poderoso clan que navegaban a levante y mar del Norte. Continuó navegando en aguas de Chipre durante los años 1474-76, haciendo el curso al servicio de la Señoría de Génova, con el consentimiento y apoyo secreto del duque de Milán. En el combate naval del cabo de San Vicente de 1476 navegaba en la nave de su pariente Cristoforo Salvago bajo pabellón de Borgoña, dando «conserva» a una flota comercial genovesa que viajaba a Flandes. La navegación de nuestro héroe en compañía de Cristoforo Salvago es uno de los principales argumentos que avala nuestra teoría. Hernando, en efecto, nos refiere que su padre había navegado con un gran navegante que tenía su mismo nombre —es decir, Cristoforo— y pertenecía a su misma familia. Todos los historiadores se han afanado, sin éxito, en buscar a este personaje. Yo, en cambio, he encontrado a este pariente de nuestro héroe, que no es otro que el Cristoforo Salvago que capitaneaba la urca flamenca *Pasquierius*, que fue hundida por el corsario francés Coullon frente al cabo de San Vicente en 1476. Este maestro y compañero de Colón no sólo se llamaba Cristoforo como él, sino que pertenecía a la misma familia, es decir, al *albergui* Salvago, del que era miembro Domenico Salvago, padre del genial navegante. Historiadores tan prestigiosos como Taviani ya sospecharon este parentesco pero no consiguieron demostrarlo.

Prosiguiendo en la enumeración de nuestros hallazgos, diremos que Colón hizo sus viajes a Guinea en la flota de Diego Cão (1482-1484), al servicio del rey de Portugal. Huyó de Lisboa en 1484 acusado de conspiración contra el rey João II, ya que su mujer era pariente de los conspiradores Noronha-

Bragança. La biblia de Bonifacio Ferrer —hermano de San Vicente—, publicada en Valencia en 1478, influyó en la formación hebraista de Colón. Por último, reseñaré que sus extraños parientes Giovanni Antonio y Andrea Colombo eran hijos naturales de Diego Colón, el hermano menor del Almirante, y no hijos de Antonio Colombo de Quinto, como quieren los genovistas.

Pero quizá lo más relevante de estos hallazgos sean los viajes del gran nauta a Chipre, por lo que me extenderé un poco en relatarlos.

En mayo de 1461 Génova envió una flota para socorrer a Famagusta sitiada por las tropas del bastardo Giacomo II, que había usurpado el trono de Chipre a su hermana Carlotta de Lusignan. De la flota genovesa formaban parte una fusta capitaneada por Imperiale Doria, una galera capitaneada por Leonardo Grimaldi y otra nave capitaneada por Babilano Gentile. Imperiale Doria estaba casado con Maria Salvago olim Scotto y era tío de nuestro Cristoforo Colonne. El otro capitán, Leonardo Grimaldi, era cuñado de Isabella Salvago, y Babilano Gentile, por último, estaba casado con Cattarina Salvago, hermana del banquero Baliano Salvago, estante en Sevilla y relacionado con Colón. El hecho de que los tres capitanes estén vinculados estrechamente al *albergui* Salvago nos permite suponer que la expedición de socorro a Chipre era una empresa financiada por el citado *albergui* Salvago, al que perteneció Domenico, el padre de nuestro héroe.

La fecha de esta expedición coincide con el año en que nuestro héroe inicia su actividad náutica al cumplir los 14 años, y su parentesco con el capitán Doria justificaría su enrolamiento en el equipaje de la flota de su tío.

La vinculación de Colón a Chipre no es casual. En Famagusta, en efecto, vivieron algunos mercaderes del *albergui* Colonne. Además, la princesa Carlotta de Lusignan, heredera del trono de Chipre, había casado con el infante portugués João de Coimbra, cuyo séquito se quedó en la Corte chipriota, incluso después de que la princesa enviudara. Alguno de estos cortesanos portugueses hicieron ventajosos enlaces, como es el caso del caballero Vasco Gil Moniz, vehedor de la casa del infante don Pedro, que casó con Leonor de Lusignan, hija de Febo, hijo bastardo del rey Jano de Chipre. Dicho caballero portugués era pariente de la que sería años después la esposa del inmortal navegante.

Colón volvería a Chipre trece años después de su primer viaje a esta isla. Esto se sabe por tres documentos fechados en 1474, 1475 y 1476. En el primero de ellos se hace referencia al envío a Chipre de dos naves armadas por los piratas Columbi y Caietani. Este Caietano, el compañero de Cristoforo Colonne, era —según creo— el célebre corsario genovés Maurizio Cattaneo. Sólo nos falta ahora conocer las causas de su presencia en aguas de Chipre en estas naves armadas.

A principios de 1474, el esposo de Carlotta, Ludovico de Saboya, solicitaba ayuda a Galeazzo Maria Sforza, duque de Milán, para recuperar Chipre, pero éste no quiso indisponerse con Venecia, que apoyaba a la veneciana

Catterina Cornaro, viuda de Giacomo II. El duque de Milán —que era cuñado de Ludovico— demostró una gran astucia, pues el 20 de marzo de 1474 informó al vicegobernador de Génova que se le debiera permitir a Ludovico alquilar y equipar naves genovesas, a condición de que no enarbolaran el pabellón de Milán ni el de Génova. Las negociaciones fueron secretas y no debía quedar constancia escrita de ello.

Es precisamente a partir de esta fecha cuando surge el pirata Colombo en los mares de Levante y no puede caber duda alguna de que las naves corsarias, a que se alude en un documento fechado el 10 de mayo de 1474 —es decir 40 días después del citado informe al vicegobernador de Génova—, se refieren a las naves armadas por la Señoría con el consentimiento secreto del duque de Milán, que a la sazón era señor de La Liguria. Sus enemigos eran los venecianos y fue tal el terror que en ella despertó que —según un documento encontrado por el historiador húngaro Asch en Venecia— la Serenísima había dado orden de capturar y ahorcar al pirata Colombo, que había cometido muchas fechorías en el Mediterráneo, lo que corrobora el juicio que a Hernando le merecía este Colombo, del que dice que «con su nombre espantaba a los niños en la cuna».

También en el campo de la datación he podido hacer algunas precisiones y aportaciones importantes, entre las que puedo citar que nuestro héroe se casó con Filippa Moniz en marzo o abril de 1481 y no en 1478 ó 1479, como suponen muchos historiadores. Asimismo, he podido demostrar que Diego Colón *el Viejo* nació en Lisboa en 1462 y no en Génova en 1468 como pretenden los genovistas. Por otro lado, he podido deducir que Diego Colón *el Joven* nació en Porto Santo a principios de 1482 y no en 1479 ó 1480 como sostienen los biógrafos tradicionales.

Otros hallazgos sobresalientes sobre personajes del entorno de Colón se refieren a noticias sobre los destinatarios de las mandas secretas del gran nauta —Ludovico Centurione Scotto, Battista Spinola y Paolo di Negro—, de los que he conseguido elaborar sus genealogías y componer una biografía muy detallada del primero de ellos y una síntesis de la de los otros dos, pudiendo seguir el itinerario de Centurione a lo largo de toda su vida activa. Resulta también de interés la biografía —totalmente novedosa— del amigo íntimo del descubridor, Miguel Ballester, alcalde de la Concepción, que, aunque nacido en Tarragona, era de origen mallorquín (Manacor) y su padre era Secretario del rey Juan II de Aragón. Resulta sorprendente, asimismo, descubrir que este Ballester era sobrino político de Luis de Santángel, pues era hijo de Francina Taranau, hermana de Johana, la esposa del escribano de ración. Por último, es de destacar el descubrimiento de que el corsario Giorgio Byssipat, que muchos historiadores suponen erróneamente que hizo el curso en compañía de Colón, era en realidad Niccolò Zorzi *el Griego*, perteneciente a la casa de los marqueses de Bodonitza y barones de Karystos, radicada en Grecia.

De este modo he conseguido ir situando las múltiples piezas del «puzzle» que configuran la vida de nuestro héroe dentro del marco histórico adecuado, de tal forma que, por primera vez, hemos obtenido una genealogía y biografía de Colón en que encajan todas las piezas dispersas que de él poseemos sin que hayamos tenido que desechar ninguna, como muchos historiadores han hecho por ser incómodas al apartarse de su teoría.

Como características más relevantes de mi teoría, señalaré que es totalmente nueva, compatible con todas las manifestaciones de Colón y con las biografías de sus biógrafos contemporáneos, y que reconoce como válida la famosa acta de Assereto, apoyada en otra de Staglieno, que, paradójicamente, constituyen también los pilares básicos de la teoría genovista tradicional.

De la interpretación del acta de Assereto y de la de Staglieno los genovistas pretenden demostrar que Colón nació en 1451. Yo, sin embargo, le doy otra interpretación y deduzco que nació en 1446. Según Vignaud, cuando en las actas se menciona una edad distinta de la de una de las mayorías de edad previstas por las leyes (19 y 25 años), la edad consignada es la que realmente tiene el individuo. Para mí, en cambio, las edades cuentan a partir de la declaración de la mayoría de edad y, por tanto, si esta declaración se ha hecho con retraso —como consecuencia, por ejemplo, de una larga ausencia del interesado de su patria—, para obtener la verdadera edad de éste habrá que sumar a la registrada por el notario el número de años que se ha tardado en el reconocimiento de la mayoría de edad.

El acta descubierta por Ugo Assereto en 1904 nos revela, en efecto, que en 1479 Cristoforo tenía «27 años de edad aproximadamente», lo que, para mí, significa que habían transcurrido dos años (27-25) desde que Colón había tenido necesidad u oportunidad de acreditar por última vez su mayoría de edad, lo que debió acaecer en 1477 (1479-2), al regreso de su viaje a Islandia, cuando tenía 31 años (1477-1446). Esto nos sugiere que Cristoforo estuvo ausente de Génova durante seis años (31-25), contados desde principios de 1471 (1477-6) o finales de 1470, fecha prácticamente coincidente con la que —según nos revela el acta de Staglieno, complementaria de la de Assereto— se encontraba nuestro héroe en Génova de forma indubitable.

Pero existe otra característica que conviene destacar. Mientras la figura de Colón en todas las teorías desarrolladas hasta ahora ha estado siempre desligada de su entorno y de su familia, el Colón que he conseguido documentar es, en cambio, real y tangible y se relaciona por razones de parentesco con el clan portugués de Sevilla y el clan genovés de Lisboa y, por si fuera poco, he descubierto también que sus principales banqueros, pertenecientes al clan genovés de Sevilla, se encuentran en el ámbito de sus cuñadísimos.

Me he esforzado en conseguir que la teoría «colonnista» por mí desarrollada sea equilibrada e imparcial, lo que habrá de permitir su aceptación por todas las partes interesadas: Génova ya no verá, a partir de ahora, a Colón como un pobre artesano, hijo de un oscuro tejedor y tabernero, analfabeto,

sino como a un preclaro conciudadano, activo navegante e hijo de un brillante e industrioso mercader. Portugal, por su parte, se sentirá orgulloso de haber contribuido a la formación náutica del nauta y satisfecho de que sus reyes le hubieran conferido la nacionalidad portuguesa. La República de Chipre conocerá con justa satisfacción que en esta isla se haya encontrado el eslabón perdido del itinerario colombino y que allí se hubiera iniciado la vida marinera de nuestro héroe. Grecia se sentirá motivada al comprobar que una parte importante de la actividad del navegante se haya desarrollado en sus islas de Quiós y de Rodas, dejando allí jirones de su vida. Asimismo, la casa ducal de Veragua contemplará con orgullo cómo su ilustre árbol genealógico hunde sus raíces en los remotos tiempos del siglo XIII, figurando entre sus antepasados personajes tan notables como los señores de Milán, Matteo Visconti *el Grande* (1295-1322) y Galeazzo Visconti (1322-1328).

España, por su parte, se reserva el mérito evidente de ser la única nación de Europa que demostró tener la preparación cosmográfica y marinera necesaria para comprender el proyecto de Colón, así como los recursos —humanos y materiales— que se requerían para poder llevarlo a cabo. Los Reyes Católicos, sin duda, arriesgaron su prestigio y su peculio, poniendo toda su fe y entusiasmo en los ensueños de un loco visionario, incomprendido, pobre y extranjero, cuyo único patrimonio era su capa raída, sus multimilenarias singladuras y la seguridad en sí mismo y en su destino.

La figura del gran navegante, oscurecida durante 500 años por una nebulosa maldita, brilla ahora, por fin, nítida, lo que nos debiera hacer exclamar gozosos al igual que los chipriotas que celebraron la feliz llegada de Otello, después de sortear su nave una fuerte tempestad: «Nelle nubi si cela e nel mar, e alla luce del lampi ne appar», que en libre versión castellana diría: «Oculto estaba entre las nubes y el mar, pero la luz de un rayo le hace brillar».

Alfonso ENSEÑAT DE VILLALONGA

